

MSS 585
1129/
c.1

Domingo 25 de Noviembre de 1923

OPTIMISMO

He notado con verdadera pena que cuantos se dedican a escribir sobre cuestiones económicas y en especial sobre el cambio, lo hacen con un criterio tan pesimista que no parecen sino que conocieran a fondo la política financiera del Gobierno o hubieran comprado libras para la mala del 4 de Diciembre.

No entro a discutir las razones que tengan esos caballeros, porque, gracias a Dios, soy más ignorante en cuestiones económicas que cualquier ministro de hacienda; pero aparte de esas razones hay, sin duda, una cuestión sentimental, una impresión subjetiva que hace a los economistas ver obscuridad y lobreguez donde yo veo un horizonte diáfano en el cual la libra va ascendiendo, como el sol en el Oriente.

Verdad que aún la Alianza no ha encontrado, entre todos sus estadistas, un Josué que logre detenerla en su carrera, pero eso no es un motivo para tomar las cosas a lo trágico. Cualquiera día fallará el plan económico del Gobierno, debido a la propia competencia de sus representantes, y la libra descenderá como ha subido.

Corresponde a los astrónomos del nuevo régimen señalar el punto preciso del cenit.

Entre tanto hay que conservar a toda costa el optimismo que es lo único que ya nos va quedando.

Recordará el lector que cuando el Presidente, en su mensaje de 1921 dijo: "¡Paso a los que esperan! ¡Atrás los pesimistas! ¡Media vuelta los que dudan! ¡Adelante los optimistas!" yo fui el primero que pasé. Esperaba que el cambio bajaría, no dudaba de que el país iba a la ruina, y no abrigaba pesimismo de ninguna especie respecto a la incapacidad del nuevo régimen; tenía, en una palabra, un optimismo a toda prueba.

Ese optimismo lo mantuve cuando el señor Martner, por recomendación expresa del señor Subercaseaux quien lo consideraba el mejor de sus discípulos, fué llevado al Ministerio de Hacienda. -"Ese hombre subirá el cambio a 48"- decían los aliancistas -con orgullo- y el señor Martner, de una plumada, varió la enunciación de las cotizaciones y realizó esas esperanzas. Ciertamente que lo subió a 48, fué la libra y no el peso; pero ello nada importa en el concierto universal porque la baja de la moneda chilena quedó exactamente compensada con el alza de la moneda inglesa.

Ahora que está en el Ministerio su maestro, hay más motivos para no perder, ni por un momento, el optimismo.

Para ello, si que es indispensable tener un criterio amplio, mirar las cosas desde un punto de vista mundial y situarse, con la imaginación, fuera del país.

La obra del nuevo régimen, como la pintura modernista debe ser vista a la distancia. De cerca parece un estúpido mamarracho; pero, ¡hay que verla de lejos!

Esto sucede sin excepción con todos los trabajos del señor Alessandri, porque son cuadros de índole efectista, cuando no cubista como el protocolo de Washington, la inversión de los fondos de los albergues, el balance de la Hacienda Pública, y otras obras que no las entiende nadie ni de cerca ni de lejos.

En cambio, la cuestión del desarme que es simplemente de efecto, y que de cerca parece a los entendidos un fracaso se ve admirablemente a la distancia.

Lo mismo pasa con el problema del cambio. Para apreciarlo bien, y no dejarse guiar de la primera impresión, hay que situarse en el extranjero. Recomendamos al lector que se ubique en Inglaterra y contemple desde allí la política del señor Subercaseaux.

¿Verdad que, entonces, el alza de la libra resulta un espectáculo maravilloso?

Hace apenas unas cuantas semanas estaba a 37, hace tres días estaba a 39, y ahora ha pasado, por fin, de 40.

Cuando existe ese lado bello y artístico de la cuestión, ¿no sería una torpeza ponerse a considerar el reverso de la medalla, el lado triste, que es la baja del peso?

Esa baja solo ocasiona perjuicios, desacredita al país, pone en ridículo a sus estadistas e inclina al escepticismo y a la duda que, lo mismo que el odio, las mulas y otras entidades no siempre enumeradas por el señor Alessandri "nada engendran".

Mientras esté en el Gobierno el nuevo régimen, hay que seguir el consejo del primer mandatario: esperar y no dudar de nada, incluso de que pueden sucedernos cosas peores.

Conservemos entre tanto el optimismo que es lo único que nos queda.

P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile